

CAPÍTULO VIII

LA COLINA ENCANTADA

Tocamos ya al desenlace de este drama, y llega el momento de apartar la cortina que oculta el último cuadro que presentaremos á los ojos del lector.

Las constelaciones señalan cerca de las diez; y un cielo estrellado cubre una vasta extensión de terreno á trechos cubierto de bosques, á trechos desmantelado y fangoso ó surcado de tristes arenales parecidos á las dunas. Un lago, ó mejor dicho un estanque inmenso, ocupa más ó menos el centro; es el lago de Ostuta.

La laguna tiene esa apariencia triste y desolada que, al decir de los viajeros, presenta el Mar Muerto, desde que la cólera de Dios lo maldijo.

No se mira en sus aguas espesas y negras ninguna estrella; y sus olas baten tristemente, bajo el soplo del viento que parece plañirse, una playa pantanosa cubierta de zarzas raquílicas y marchitas.

Al norte, las colinas indefinidas á vista perdida; al sur, un bosque espeso limitando el recinto del lago; al este se desenvuelve la llanura en la cual se filtran las aguas de que el lago se alimenta; y en fin, al oeste, un espeso velo de cedros de sombrío follaje ocultan sus copas en la densidad de las brumas.

En mitad del lago se levanta un cerro cuya masa verdinegra más semeja un enorme escolló que una isla.

Espesos vapores que se desprenden del agua y que la frescura de la noche condensa, forman un velo de nubes al rededor de la cima. Innumerables ranuras surcan sus flancos: diríase que aquello no es sino un montón de escombros y restos de lava vomitados en otro tiempo por algún volcán. Durante la noche, los rayos de la luna hieren oblicuamente las capas superpuestas de que se compone aquella colina dándoles vaga semejanza con las escamas que cubren el horrible carapacho del aligátor. Y allá, en la desierta orilla, óyese al monstruoso reptil arrastrarse sobre el limo fangoso del lago y crujiir las zarzas bajo el peso de su cuerpo.

El lúgubre aspecto del lago, el matiz pálido y lívido del paisaje que por todos lados le rodea, el silencio eterno que reina, todo inspira en aquellos lugares un penoso sentimiento y justifica plenamente la elección que de ellos hicieran los antiguos sacrificadores indios para establecer la residencia de sus dioses sanguinarios. Y es tal el poder de la tradición, que aún en nuestros días el lago de Ostuta y el Monapostiac (1) conservan su antiguo prestigio y para el pueblo ignorante de la comarca son objeto de un vago terror supersticioso.

Seguro de hallar en aquellas soledades un retiro al abrigo de todo peligro, el criado de don Mariano que hacía de guía, había hecho alto allí durante la noche y los viajeros se detuvieron á la orilla del bósque que limita el lago por el sur.

Con el fin de apartar del espíritu de su joven hija las sombrías ideas que la atormentaban, el hacendado dispuso que la colocaran en el lugar más risueño del bósque. El mismo se encargó de escogerlo y lo hizo con tal solicitud que con mayor no lo habría hecho el mismo don Rafael.

En medio de un tupido grupo de árboles de todas

(1) Palabra indígena que significa colina encantada.

clases, había un estrecho claro, boudoir delicioso formado por la mano de la naturaleza. Musgo odorífero y flexible era la alfombra. Mil y mil lianas que serpenteaban hasta la cima de las más elevadas palmeras y cuyas hojas y flores se arrollaban sobre sí mismas en graciosísimas volutas, formaban cortinajes. Un magnífico techo se desplegaba suntuosamente por encima: era un pedazo de cielo guarnecido de innumerables estrellas que se destacaba á través del vacío del claro que dejaban los árboles.

Era allí donde estaba Gertrudis; y en los momentos en que la volvemos á encontrar, duerme ligero sueño bajo el techo de su litera, cuyas cortinas entreabiertas, permiten ver su pálido y dulce rostro sobre los encajes de los almohadones.

Ya la naturaleza había casi reparado el ultraje voluntario que hiciera á su cabellera; pero la vida parecía haberse agotado en su seno. Gertrudis dormida, era la imagen de una de las blancas flores de la *Pasión* que se abrían á su alrededor; pero la imagen, sólo la imagen de la flor arrancada del tallo que le daba la vida y la frescura.

Don Mariano le dirigía miradas llenas de ternura y hacía vanos esfuerzos por rechazar aquella semejanza que le desgarraba el alma, pues no se le ocultaba que una vez arrancada la flor, está irremisiblemente destinada á morir.

A cierta distancia del padre y de la hija, más cerca del lago, tres de los criados de don Mariano hacían sentados de atalayas y con su conversación trataban de distraer lo eterno de una noche de vela.

El cuarto criado se había alejado para buscar el vado que había ofrecido hallar; y sus compañeros esperaban su regreso.

A través de los últimos árboles de la orilla del bosque, se destacaba la sombría y triste silueta de la colina encantada.

En todas partes del mundo obra poderosamente sobre

la imaginación del vulgo, todo lo que parece substraerse á las leyes ordinarias de la Naturaleza. Los servidores de don Mariano estaban muy lejos de constituir una excepción á esta regla.

— Sin embargo — dijo uno de ellos — yo he oído asegurar que las aguas fangosas y espesas de este lago, eran antes, hace mucho tiempo de eso, de una limpidez maravillosa y que desde que lo consagraron al demonio, cambió de naturaleza.

— ¡ Al demonio! — exclamó otro. — ¿ Entonces por qué ha escogido Castrillo este lugar maldito para hacer alto?

— Porque sin duda los bandidos de Arroyo no se atreverían á aventurarse por aquí — replicó el tercero.

— Exactamente — replicó el primero que parecía saber más que sus camaradas; — se dice que sobre esa montaña verdusca han pasado cosas terribles; y que para ocultar las que todavía pasan, el Dios de los antiguos indios, que es el mismo Satanás, ha extendido ese velo de nubes sobre su cima.

— Pero entonces, si aquí no se corre peligro de parte de los hombres; ¿ no hay otros riesgos que deben asustar á un cristiano? ¿ Qué ha sucedido pues en la cumbre de esa montaña cuya forma y cuyo color no se parecen á ninguna de las que he visto?

— Desde luego — respondió el narrador — en ciertos días del año los sacerdotes indios sacrificaban allí tan gran número de víctimas humanas, á las cuales arrancaban el corazón, que la sangre corría á veces por los zanjones de la colina, como el agua de lluvia después de un aguacero. También se cuenta que uno de esos desgraciados á quien se había arrancado el corazón... ¿ Pero á qué asustarlos... ¡ y espantarme yo también con el relato que he oído referir?

— ¡ Cuéntelo, cuéntelo! — exclamaron los dos compañeros del criado temblando á su pesar, pues en aquel instante salió de las zarzas un extraño sonido. — ¿ Ha oído Ud. ese ruido?

— Sí; es un caimán que golpea sus mandíbulas la una contra la otra ; Pues bien ! puesto que Udes. lo quieren — continuó el narrador — parece que un día en el instante en que el sacerdote arrancaba el corazón, la víctima se lo arrebató él mismo de la mano al sacrificador estupefacto, se alzó sobre sus piernas y trató de volverlo á colocar entre su pecho ; pero su mano temblaba y el corazón se le deslizó rodando hasta el lago. La víctima lanzó un terrible grito y se lanzó al agua para cogerlo. Semejante hombre no podía morir, como Udes. se imaginarán ; y desde hace cosa de quinientos años el indio vaga por estas orillas desoladas con el pecho abierto buscando el corazón para encerrarlo allí. Hace como un año que lo vieron hundiéndose en el lago según me lo contaron.

El criado calló ; y sus oyentes áterrorizados echaron una mirada involuntaria y mal segura hacia la colina, que la sangre humana había enrojecido realmente y en cuya cima se balanceaba su nebuloso capitel.

— Tal vez se esconde bajo ese montón de nubes el indio que busca su corazón — continuó — pues nadie sabe lo que allí sucede.

— Es más probable, sin embargo, que en vez de esconderse allí arriba durante la noche, siga buscando... ; Con tal de que no lo veamos ! ¡ Ah, el diablo cargue con Castrillo que nos trajo aquí !

— No hable Ud. del diablo en su casa — agregó el segundo de los oyentes en voz baja.

Un repentino crujido entre la maleza, arrancó un gesto de espanto simultáneo á los tres criados ; pero fué de corta duración. Era Castrillo que regresaba.

El mismo Castrillo no parecía hallarse muy tranquilo.

— ¡ Y bien ! ¿ Qué ha visto Ud. ? — le preguntaron sus compañeros.

— Fui casi hasta San Carlos — contestó. — Los alrededores parecen libres y ya no hay fuegos en las orillas del río. Yo me habría aventurado á entrar en la casa ; pero vi brillar unos resplandores tan extraños tras los

vidrios de las ventanas que, de veras, me faltó valor.

— ¿ Y qué era pues ?

— Resplandores rojos, violetas y azules ; como deben ser las llamas que nunca se apagan — replicó Castrillo en tono solemne — y sin embargo, vacilaba aún, porque, en fin, don Fernando Lacarra es buen cristiano. Pero cuando pensaba lo que debía hacer, vi un fantasma blanco que se deslizaba bajo los árboles y corrí al galope hasta aquí, dejando para mañana buscar la explicación de estos misterios de las tinieblas.

Los informes de aquel explorador no eran propios para disipar los supersticiosos temores de aquellos á quienes acababa de reunirse.

— ¿ Y por aquí no ha visto Ud. nada capaz de alarmarlo ?

— No, todo está desierto ; y con excepción de un Indio que busca...

— ¿ Su corazón ? — exclamó uno de los criados.

— ¿ Su corazón ? — ¡ Ud. está loco ! No, su asno. Con excepción de ese hombre, no he visto nada.

— ¡ Caramba ! Ud. nos ha dado miedo con su Indio después que Ceferino nos ha contado la historia del que se sumerge entre el lago desde hace quinientos años — dijo uno de los que oyeran el espantoso cuento del hombre sin corazón.

— Eso no quiere decir que no lo veremos — replicó el otro — y yo confieso que esas llamas y esa fantasma nada bueno presagian.

Castrillo dejó á sus camaradas que hicieran á su antojo las conjeturas que á las mientes les vinieran acerca del extraño cuento que acababa de referirles ; y se fué á informar á don Mariano, de lo que había visto.

Al oír don Mariano que se aproximaba, dejó caer las cortinas de la litera de Gertrudis para ocultarla á miradas indiscretas.

— Habla en voz baja — le dijo — mi hija duerme.

El criado comenzó su relato en voz baja é iba ya á concluir cuando don Mariano lo interrumpió.

— El miedo te ha trastornado el juicio — exclamó — esas llamas probablemente no existen más que en tus ojos.

— ¡Oh, señor amo! son muy verdaderas y si Ud. las hubiera visto como yo crecer, achicarse y cambiar á cada instante de colores, Ud. no dudaría ni de sus ojos ni de su juicio. ¡Quiera Dios que yo me haya equivocado!

Había tanta convicción en el tono de su criado, que don Mariano no pudo menos de turbarse, no por un terror supersticioso, sino por un secreto presentimiento de alguna gran desgracia que en vano combatía su razón y que Castrillo acababa de despertar en él.

— ¿Y dice Ud. que están libres ahora los alrededores del vado? — replicó.

— Las orillas del río están desiertas; y sin embargo, no me atrevería á aconsejar á su señoría á ponerse en camino antes de que salga el sol.

— Yo pensaré — contestó don Mariano despidiendo á su criado.

Y se quedó solo entregado á tristes reflexiones cerca de su hija dormida; sin poder rechazar la idea de que un terrible peligro amenazaba lejos de él, á la hermana de Gertrudis.

Las cortinas de la litera se abrieron de repente é interrumpieron por un instante, el curso de sus dolorosos pensamientos.

— El sueño me ha aliviado — dijo la joven colocándose de codos sobre el almohadón. — ¿No podríamos continuar nuestro camino? Ya pronto amanecerá, sin duda.

— Todavía no es media noche — respondió don Mariano — el día está lejos aún.

— Entonces ¿por qué no duerme Ud., padre mío? Estamos aquí seguros, me parece.

— Convengo en ello; pero no tengo sueño y no quiero dormir sino bajo el techo en que estén juntas tú y Marianita.

— ¡Qué feliz es Marianita! La vida no ha sido hasta

hoy para ella sino como uno de esos caminos floridos que hemos atravesado en el bosque — añadió Gertrudis sonriendo á la idea de la dicha de su hermana.

Don Mariano suspiró y respondió:

— También para ti vendrá la dicha, Gertrudis. No tardarás en ver llegar á don Rafael á toda prisa.

— Sí, porque ha jurado por su honor que vendrá al llamamiento convenido; ¡pero eso es todo! — replicó Gertrudis con una dolorosa sonrisa.

— ¡No ha dejado de amarte, hija mía! — exclamó don Mariano afirmando una convicción que no sentía. — No existe entre Udes. sino una mala inteligencia.

— ¡Una mala inteligencia que causa la muerte, padre mío!

Y Gertrudis trató de ocultar sus lágrimas dejando caer pesadamente la cabeza sobre el almohadón.

Hubo un momento de silencio.

En seguida, de repente, por una de esas súbitas reacciones de un alma enferma, Gertrudis pareció recobrar la esperanza.

— ¿Cree Ud. que el mensajero haya tenido tiempo de encontrar á don Rafael? — preguntó.

— Son necesarios tres días para ir de Oaxaca á la hacienda del Valle y pronto hará cuatro que salió. Si, como nos han dicho, don Rafael estaba ante Huajapam, allí lo hallará nuestro mensajero mañana, sin duda. Dentro de tres días, cuatro á lo sumo, don Rafael podrá estar en San Carlos donde sabe que nosotros vamos.

— ¡Cuatro días; es muy largo!

No se atrevió Gertrudis á decir que apenas sus fuerzas durarían ese lapso de tiempo. Después de un instante de silencio, replicó:

— Y sin embargo, cuando con el rubor en la frente y bajos los ojos le oiga decir: «Ud. me llama Gertrudis, y aquí estoy», ¿qué le responderé? Moriré de vergüenza y de dolor porque él ya no me ama. Viéndome tan desmebrada, no encontrando sino la sombra de la que dejara exuberante de salud y de frescura, tal vez por generosi-

dad fingirá un amor que no sienta y yo no podré creerlo: ¿qué prueba me dará de que no miente por compasión á mí?

— ¿Quién sabe? — respondió don Mariano. — Tal vez te dará una prueba de sinceridad que tú no podrás poner en duda.

— ¡No lo desee Ud. si es que Ud. me ama — exclamó Gertrudis — porque si esa prueba es de las que no se pueden recusar, moriré de dicha! ¡Pobre padre! — agregó con un sollozo y rodeando con sus brazos el cuello de don Mariano. — ¡Pobre padre! ¡De todas maneras, bien pronto no tendrá sino una hija!

A este doloroso lamento, don Mariano sintió hacérsele pedazos el corazón y no pudo menos de acompañar á su hija con sus sordos gemidos y amargas lágrimas. No lejos de ellos, el ceniztle repetía sus sollozos con melancólica voz.

En aquel instante la luna rompió el velo de nubes que la envolvía y se mostró llena y radiante y todo pareció reanimarse al contacto de la blanca luz de que inundaba aquellas soledades. El bosque se hizo menos sombrío, y las rocallosas faldas del Monapostiac abandonaron los fulgores transparentes y verdosos como las olas de un mar agitado. La superficie del lago se coloreó con tintes pálidos; siluetas negras y horrorosas parecidas á las de los caimanes se alargaban entre los zarzales y luego un rumor sordo y vago dejóse oír entre la maleza.

Un estremecimiento de terror pasó por los cuatro criados, inmóviles, fijos los ojos en el lago.

— ¿No han oído Udes. nada? — dijo Ceferino en voz baja.

Todos escucharon palideciendo. Se hubiera dicho, en efecto, que una voz humana, bien distinta, se elevaba del seno de los zarzales con extrañas y lejanas cadencias.

Pero la voz se calló muy pronto, dando motivo á que cada cual creyese haberse equivocado y haber tomado por voz humana los rumores del bosque.

— Es igual — dijo uno de los criados. — Querría de

buena gana que ya se hubiera acabado la noche; pero todavía faltan por lo menos cinco horas para que luzca el día.

— Tanto más — replicó el segundo — que muchos signos anuncian que no pasará sin que suceda alguna desgracia. No hablo de las llamas y del fantasma que ha visto Castrillo: pienso en los sollozos que hemos estado oyendo lanzar á nuestra joven ama.

— No faltaría más á todos estos presagios que oír ahora el graznido de un mochuelo sobre la copa de uno de esos árboles de nuestra izquierda. Entonces se podría rogar por el alma de doña Gertrudis.

Castrillo y Ceferino que, sin ser más fuertes de espíritu que sus camaradas, parecían menos accesibles que ellos al temor de los presagios, participaban sin embargo de sus temores á propósito de su joven ama. Su debilidad les parecía haberse doblado desde el día de la partida de Oaxaca. Los dos guardaban silencio pensando que, en efecto, no era aquella una noche para pasarse tranquila, en la vecindad de un lugar temible que el mismo Castrillo se asombraba de haber escogido y más con aquellas extrañas apariciones de llamas que acababa de ver en la hacienda de San Carlos.

— Podríamos dormir así más ó menos tres horas cada uno — dijo Castrillo. — Adopto este partido.

— ¿Quiénes son los que han de velar primero?

— La suerte decidirá — dijo Ceferino.

— Si Ambrosio no tiene más ganas de dormir que yo — replicó el tercer criado — Udes. dos pueden comenzar. Mientras Udes duermen, nosotros estaremos en acecho.

— Vaya por velar — respondió Ambrosio.

Castrillo y Ceferino se acostaron uno junto á otro sobre la hierba, envolviéndose en sus mantas; y bien pronto no quedaron despiertos en el bosque, al menos según todas las apariencias, más que los dos centinelas y don Mariano, á quien la inquietud arrebatava el sueño de sus ojos.

En cuanto á Gertrudis, además de que se hallaba en la edad en que la juventud tiene aún como la infancia el privilegio de dormirse llorando, su debilidad misma la empujó al sueño reparador de las penas de su alma.

El silencio de la noche era profundo; y los dos veladores con los ojos fijos sobre las nubes que coronaban la colina encantada, se preguntaban qué misterios se encerrarían bajo aquel palio de niebla, cuando de repente se quedaron helados de espanto al oír en dirección del lago, una voz humana con las mismas cadencias extrañas que habían creído distinguir ya.

Sólo que era imposible apreciar lo que aquella voz cantaba. — Era un idioma ignorado, como el que, tres siglos antes, debían hablar á sus divinidades los sacerdotes indios.

Los dos cambiaron una mirada de espanto persignándose.

— Tal vez es el Indio que busca su corazón — dijo Ambrosio con voz apenas articulada.

Su compañero apenas pudo hacer con la cabeza un signo afirmativo para indicar que tal era su pensamiento.

En seguida, un instante después, sacudió con mano convulsa á uno de los que dormían.

— ¿Qué pasa? — preguntó Ceferino despertando sobresaltado.

El criado no respondió; pero con el dedo le enseñaba temblando un extraño objeto que balanceaba las zarzas del lago.

No tardó Ceferino en darse cuenta de lo que tanto asustaba á su compañero; y le explicó lo que se verificaba ante sus ojos.

Era un hombre á quien los rayos de luna iluminaban su piel roja como el cobre porque iba completamente desnudo.

El Indio, á quien no podía dejarse de reconocer como tal por su color, parecía buscar algo entre las zarzas que apartaba con las manos.

Los dos criados lo vieron luego echarse á nado, hender las espesas aguas del lago y desaparecer entre la sombra que proyectaba la colina encantada.

— ¡Dios del cielo! — dijo Ceferino en voz baja — no puede dudarse: ¡es el Indio que busca su corazón...!